



“Lorenzo Boturini Benaduci (1702-1755)”

p. 375-406

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo IV. Biografías*

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/543.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## XVI. LORENZO BOTURINI BENADUCI (1702-1755)\*

Grande era el celo de la corona española por mantener en aislamiento a sus reinos de ultramar. Severas restricciones estorbaban el acceso a visitantes extranjeros, sobre los que recaían sospechas sólo comparables con las que se tenían respecto de los libros impresos en otros países europeos. Mas a pesar de la incansable vigilancia, hombres e ideas, que podrían acaso turbar la paz de estos reinos, se hicieron presentes en múltiples formas. Respecto de Nueva España muy larga sería la lista de extranjeros que, en diversas circunstancias, curiosearon la vida del Virreinato. Y sobre todo, por lo que toca al siglo XVIII, mucho cabría decir de la clandestina introducción de obras que con fruición leerían algunos de los más despiertos moradores de estas tierras. De hecho, en las postrimerías del periodo novohispano, parece como si se hubiera aflojado también un tanto la mano para abrir ya las puertas a contados personajes de excepción.

Éste fue el caso de Alejandro de Humboldt, que recorrió buena parte de las posesiones americanas y visitó Nueva España a principios del siglo XIX. A diferencia de muchos otros que le precedieron en su afán de contemplar o estudiar la realidad de estas tierras, Humboldt había recibido pasaportes en Madrid y pudo por ello viajar libremente siendo objeto de atenciones por doquiera. Con la puerta franca, aprovechó así mejor que nadie su estancia americana hasta lograr ofrecer al mundo, años más tarde, los resultados de su penetrante observación. El personaje, que tenía por herencia intelectual la del siglo ilustrado y la del romanticismo científico alemán, pasó consiguientemente a la historia como el nuevo descubridor espiritual de la América hispana.

Pero este justo reconocimiento a su afortunada empresa no ha de hacernos olvidar la menos fácil presencia de otras figuras, quizás dioses menores que, sin pasaporte alguno, llegaron asimismo a estas partes y emprendieron investigaciones y trabajos nada despreciables. Éste fue precisamente el caso del caballero don Lorenzo Boturini

\* Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, México, Editorial Porrúa, 1986, p. IX-XXXIII.



Benaduci que, unos sesenta y cinco años antes que Humboldt, ignorando prohibiciones, pasó cerca de ocho en Nueva España. Ciertamente es que don Lorenzo no venía originalmente con intención de investigar, pero no es menos verdad que a la postre, olvidando las propias conveniencias, se dedicó por entero a tareas de esta especie.

El lector informado pensará que, si no es mucho, al menos es suficiente lo que se ha escrito y lo que se sabe acerca de la vida y obra de este distinguido italiano que, con más detenimiento que otros coterráneos suyos como Girolamo Benzoni y Gemelli Careri, acabó también adentrándose en el mundo de las antiguallas de la historia mexicana. Sin embargo, nos atrevemos a pensar, con base en documentos poco conocidos y de primera mano, que es posible y necesario ahondar en lo que fue realmente su obra. A la postre ella iba a ser concebida a la luz de las ideas de un contemporáneo suyo, oriundo de Nápoles, el creador de una nueva filosofía de la historia de las culturas, Giambattista Vico (1688-1744). Boturini sería el primero en hacer de los célebres *Principi di una Scienza Nuova* instrumento para comprender la diferente realidad histórica de las antiguas culturas americanas.

Comencemos por esbozar algunos rasgos de la fisonomía espiritual de nuestro personaje con apoyo en lo que escribió de sí mismo y en lo que de él dijeron personas que de cerca lo trataron. Unas cuantas frases del memorial que dirigió Boturini al célebre marqués de la Ensenada, don Zenón de Somodevilla, defendiéndose de los cargos que, por su intromisión en la Nueva España se le hacían, nos dejan ver los intereses principales en su vida. Acabados sus estudios en Italia, quiso viajar, “deseoso, nos dice, de aprender lenguas y ver las cortes [...]” Y más adelante, hablando de una invitación que recibiera para hacerse cargo de la educación de los infantes de Portugal, afirma que se ha ocupado desde siempre en quehaceres culturales, “sabiendo que los podía instruir en las ciencias y máximas políticas [...]”. Y de nuevo proclama su afán por aprender y asomarse al mundo cuando, con motivo de su viaje a Nueva España, sostiene que “no tenía yo otro destino que el de ver tierras [...]”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “Memorial de Boturini al marqués de la Ensenada” (1754), Ms. en el Archivo de Indias, Sección V, Indiferente General, legajo 398. Copia en Secc. V Audiencia de México, leg. 1338. Citado parcialmente por José Torre Revello en “Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. VII, México, 1936, p. 5-8. Este muy importante trabajo de Torre Revello, incluido en las páginas 5-45; 229-272; 362-401 y 565-595, del volumen VII del citado *Boletín del Archivo General de la Nación*, fue publicado originalmente bajo el título de “El caballero Lorenzo Boturini Benaduci y el manuscrito del tomo I de su

Acerca de él, cuando estaba ya de regreso en España, tras los infortunios, consecuencia de su actuación en México, escribe nada menos que el Secretario de Nueva España en el Consejo de Indias, don Fernando Triviño, que era

[...] sujeto de calidad conocida, de buenas costumbres, abstraído de todo lo que es interés particular y dedicado solamente [...] a la aplicación de sus estudios y al inmenso trabajo de la inteligencia de las lenguas indígenas [...] <sup>2</sup>

Y como un eco de estas palabras, viene al caso recordar las del historiador jesuita Andrés Marcos Burriel, que conoció también a Boturini y tuvo que dar un juicio acerca de su obra. A su parecer era éste

[...] hombre sumamente capaz y no menos instruido, de suavísimas costumbres, modestia y humildad, de extraordinario pecho y corazón, y en fin, muy propio para emprender y ejecutar bien la arduísima empresa que ha tomado. Por caballero, por sabio, por extranjero y por perseguido, merece que Vuestra Merced lo proteja [...] <sup>3</sup>

Acerquémonos pues a la vida y la obra del caballero deseoso de ver tierras, aprender lenguas y conocer cortes, hombre de suaves costumbres, modesto y humilde, capaz e instruido, que acometió la no fácil tarea de allegar códices y papeles que permitieran conocer las antigüedades de las culturas nativas de México. Para ello veamos lo que cabe decir de su origen y su vida en diversos estados europeos hasta fines de 1735 en que, por circunstancias fortuitas y transgrediendo impedimentos legales, se embarcó con rumbo a Veracruz. El sentido y los propósitos de lo que llegará a ser su obra comenzarán a perfilarse —como vamos a verlo— en los ocho años que pasó en Nueva España. El resto de su existencia, hasta su muerte en 1755, aun cuando habrá de presentársenos como periodo de arduos alegatos ante el Consejo de Indias, será igualmente tiempo en que alcanzará a escribir al menos una parte de la obra que había concebido sobre la evolución de las viejas culturas mexicanas consideradas a la luz del pensamiento de Vico.

inédita "Historia general de la América Septentrional" en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, enero-septiembre 1933, año XLII, t. XVI, n. 55-57

<sup>2</sup> *Apud* Torre Revello, *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. VII, p. 12.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 24.



*Andanzas de Boturini hasta el año de 1735*

Gracias al memorial de Boturini al marqués de la Ensenada, que hemos citado anteriormente, es posible precisar, acudiendo a su propio testimonio, lo que fue su vida de andariego por Europa, antes de su viaje a Nueva España. Había nacido don Lorenzo en la Villa de Sondrio, obispado de Como, en el Milanésado, en 1702.<sup>4</sup> Se hallaba aún, por consiguiente, este ducado bajo el dominio de España, la que no habría de cederlo a Austria sino como una consecuencia del tratado de Utrecht en 1713. A ello se referirá implícitamente Boturini al decir que, al menos por nacimiento, había sido súbdito español.

Hemos visto, por la opinión de algunos que lo trataron, que era persona en cuya condición se reflejaban modestia y humildad. Esto, sin embargo, no impedía a Boturini insistir con cierta complacencia en la nobleza de su linaje y en los títulos que de él le venían. Remoto ancestro suyo había sido el conde Wifredo de Bourges. Asimismo tenía él relaciones de parentesco con las casas de los condes de Auvernia y de los duques de Aquitania. De hecho don Lorenzo firmaba casi siempre sus escritos con los títulos de Caballero y Señor de la Torre y de Hono. La vinculación que mantuvo a lo largo de su vida con personajes de las cortes de Viena, Lisboa y Madrid, corrobora ciertamente las que de otro modo podrían tenerse como meras pretensiones suyas a supuestos títulos de nobleza. Y cabe añadir que, a modo de historia de su familia, escribió Boturini sobre estos asuntos algunos opúsculos en latín, que nunca llegaron a publicarse.

De los primeros años de su vida sabemos únicamente que los pasó en Italia hasta 1725. Ignoramos a punto fijo cuáles hayan sido los estudios que cursó, aunque por su dominio de la lengua latina y por sus sólidos conocimientos de las antigüedades y autores clásicos, a los que tantas veces alude en sus escritos, bien puede afirmarse que tuvo buena formación humanística, recibida quizás en alguna universidad del norte de Italia. Para entrever un poco cuál era el ambiente en que vivió, no estará de más mencionar algunos hechos principales de la historia que le fue contemporánea. Su época es la del siglo ilustrado por excelencia. Más que nunca es ahora esplendente la vida cortesana. Los monarcas se interesan por alcanzar la transformación económica de sus respectivos estados. La filosofía de las luces coadyuva a comprender

<sup>4</sup> Afirma él mismo en su declaración ante el Alcalde del Crimen, fechada en México el 28 de septiembre de 1742, "ser de edad de cuarenta años" *Apud* Torre Revello, *op. cit.*, p. 242.

las nuevas realidades. En la política internacional se busca ante todo el llamado “equilibrio europeo” Habrá por ello oposiciones dinásticas y aun varias guerras de sucesión, pero la tónica del momento mantiene casi siempre las puertas abiertas al optimismo. España había dejado de ser gobernada por los Habsburgos y en ella reinaba, con nuevas formas cortesanas, la casa de Borbón. Felipe V, al que Boturini dirigirá años más tarde no pocas apelaciones, había traído a Madrid los refinamientos de Francia.

Por obra de tratados entre las diversas familias reinantes —ligas, coaliciones y contraligas—, la Italia en que vivió Boturini no alcanzó ciertamente una paz duradera. Aún continuaban siendo frecuentes las luchas que hacían cambiar de señor a los diversos estados que la integraban. Los italianos seguían viéndose ligados a los intereses ajenos de Austria, España y Francia. Lo que sí puede afirmarse es que la resultante de tan variados acontecimientos, ilustración, capitalismo incipiente, equilibrio europeo, guerras de sucesión e intervenciones constantes, hacían del momento histórico algo digno de ser vivido.

Nada tiene de extraño escuchar a Boturini, que con tanta franqueza se describe a sí mismo, concluidos ya sus estudios, “deseoso de aprender lenguas y ver las cortes”<sup>5</sup> Así en el año de 1725 marchó a Viena para servir “en importantes negocios” al emperador Carlos VI, quien para esas fechas había incorporado ya el Milanesado a sus dominios. Al parecer, por encargo del gobierno imperial, pasó más de un año en Trieste, desde donde rindió diversos informes acerca del comercio que entonces conocía nuevo florecimiento en dicho puerto. Hacia 1726 acompañó a Su Majestad Imperial por varias de sus provincias y comenzó a satisfacer cada vez más sus anhelos de adentrarse en la vida cortesana. Con ocasión de la primera Feria Franca que tuvo lugar en Trieste, y dando muestras de su no interrumpido interés por mantenerse cerca de los negocios del imperio, nos cuenta que “participé al Ministerio de los desórdenes de ella” Y dejando ver que ya desde joven gustaba de conservar testimonios y papeles, añade que “tengo todavía en mi poder varias cartas del Excelentísimo señor Marqués de Rialpe, Secretario del Despacho Universal de Italia, que abonan dichos servicios y justifican el agrado de Su Majestad Imperial [...]” Seguramente para entonces hablaba ya el alemán, el francés y el español. Mejor capacitado, pero deseoso de más experiencias, viajó, hacia 1730, al reino de Bohemia y visitó después los de Hungría, Croacia y Eslavonia. Pero el sino de los

<sup>5</sup> Éste y los siguientes entrecomillados, en los que habla Boturini, están tomados del ya citado memorial suyo al marqués de la Ensenada.

tiempos que le tocó vivir, pronto iba a cambiar el escenario de sus correrías.

En 1733 la muerte de Augusto II, rey de Polonia, fue ocasión de una nueva guerra de sucesión en la que Felipe V, aliado de los franceses, emprendió hostilidades contra Austria. El joven don Lorenzo nos dice que precisamente entonces “estaba a punto de acomodarme en el Senado de Milán o en un gobierno de las ciudades marítimas austriacas” Pero ante las amenazas de la guerra, y temiendo quizás que su patria, el ducado de Milán, volviera a cambiar de señor, decidió entonces abandonar Italia e irse a los dominios de una corona neutral. Lo meticoloso de su carácter queda al descubierto en la noticia que nos da de haber solicitado del gobierno imperial autorización para retirarse y de haber obtenido asimismo cartas de la archiduquesa María Magdalena de Austria para presentarse como recomendado ante su hermana la reina de Portugal.

Boturini dejó para siempre la atractiva corte de Viena en 1734 y, tras una breve estancia en Inglaterra, llegó a Lisboa el 30 de septiembre del mismo año. Con tanta benignidad lo recibió la reina de Portugal que llegó a ofrecérsele el puesto de ayo de los infantes reales, “sabiendo, nos dice, que los podría instruir en las ciencia y máximas políticas [...]” Pero como según reza el dicho, las cosas de palacio van despacio, viendo Boturini que el honroso encargo no llegaba, prosiguió sus andanzas y al año siguiente de 1735 lo hallamos en la corte de España. Una vez más llegó provisto de papeles y cartas de recomendación. En esta ocasión fueron las que había obtenido del infante don Manuel de Portugal y del embajador de España en Lisboa para que se apersonara en El Pardo con don José Patiño, ministro de Felipe V. Igualmente tuvo entonces oportunidad de hablar con el marqués de la Ensenada, en quien años adelante encontraría una especie de protector y al que dirigiría el memorial que venimos citando y donde habla acerca de su propia vida. Pero nuevamente sus gestiones de acomodarse y echar raíces en la corte iban a probarse estériles. Un viaje de peregrino sería al fin la ocasión que cambiaría la trayectoria de su vida. “Tenía yo —escribe en el memorial—, un antiguo deseo de ver el primer templo de la cristiandad, de Nuestra Señora del Pilar, y lo satisfice en Zaragoza, pidiéndole a la Virgen me encaminara por aquella senda que fuese de su agrado [...]” Como habremos de confirmarlo, aquí estuvo después, para la conciencia de Boturini, el origen de la misión que quiso llevar a cabo en México, en donde su mayor interés fue precisamente lograr la coronación de la virgen en su advocación de Guadalupe.

Regresando de Zaragoza a Madrid, viajó con él en el mismo coche un don Joaquín de Codallos, canónigo más tarde en Nueva España, “que había resuelto hacer su viaje a México, y tanto me celebró este sujeto aquellos países, que pudo conseguir que lo acompañase [...]” Y por si fuera necesario explicar la facilidad con que aceptó emprender tan súbita salida, recordaremos que por ese tiempo había conocido don Lorenzo en Madrid a la condesa de Santibáñez, doña Manuela de Oca Silva y Moctezuma. De ella iba a recibir poderes para que cobrara en México, y en su nombre, los réditos de una pensión de mil pesos situados en las Cajas de la capital de Nueva España y que obraban en su favor como descendiente que era de la casa de los Moctezuma.

El hombre que a lo largo de su vida no dejaba ocasión de proveerse de toda suerte de papeles, recomendaciones y cartas, ingenuamente añade que, “aunque no tenía yo otro destino que el de ver tierras [...]”, optó por seguir rumbo a Cádiz con el dicho Codallos,

[...] y sin tener licencia alguna, porque entonces ignoraba las leyes de España, me embarqué en la flota del señor Pintado el año 1735, sin que nadie me lo estorbara y llegué a Veracruz en el navío Almiranta Santa Rosa que naufragó en dicho puerto [...].

Y con gracia añade, contemplando a distancia su naufragio: “empecé a ensayarme con algunos trabajos que no había conocido, porque me faltaron algunas alhajas de mi equipaje [...]”

Puede decirse que aquí se cierra, a principios de 1736, y de modo natural por cierto, la que llamaremos primera parte de su vida. Había satisfecho, al menos en algún grado, sus anhelos de ver cortes, aprender lenguas y, en una palabra, de vivir en el mundo esplendoroso e inquieto de los comienzos del siglo de las luces. En su cabeza bullían incontables intereses e ideas, entre las que casi de seguro estaban las de sus muchas lecturas desde los días de estudiante. Probablemente conocía ya la *Scienza Nuova* de su contemporáneo Vico y tal vez no sea suposición gratuita insinuar que esa nueva filosofía de la historia de las culturas había influido en su pronta determinación de asomarse a la Nueva España. Acerca de ella, y de las antiguas civilizaciones que allí habían florecido, algo sabía ya sobre todo gracias a los escritos de su también coterráneo Gemelli Careri, al que tantas veces aludirá más tarde.

*Estancia y trabajos en Nueva España (1736-1743)*

Boturini, cuyo equipaje incluía papeles y cartas y hasta un certificado que lo acreditaba como soltero, aunque venía desprovisto de pasaportes para adentrarse en el país, abandonó Veracruz y llegó a la ciudad de México en marzo de 1736. En ella iba a fijar su residencia. Pasó primero algunos meses con su amigo el canónigo Codallos<sup>6</sup> y más tarde se estableció en una casa de la calle que se llamó “Estampa de la Concepción” y hoy se conoce como de “Cincuenta y Siete”, en el viejo barrio de Santa María la Redonda.<sup>7</sup>

Hemos visto que los propósitos que traía Boturini no eran otros que “ver tierras” y cobrar la pensión de la condesa de Santibáñez. Y podemos suponer que, si bien don Lorenzo no contaba con grandes recursos a pesar de sus títulos nobiliarios, sí disponía de algunos fondos para pasar la vida y emprender luego sus diversas correrías por la región central de México. Y esto sin tomar en cuenta los gastos en que llegaría a incurrir, y a los que tantas veces se referirá, desde el momento en que se echó a cuestras la tarea de recoger y hacer copiar códices y antiguos textos.

Pero volviendo a los primeros días de su estancia en la ciudad, momento decisivo en su vida fue su visita a la Colegiata de Guadalupe, de la que, desde su viaje a Zaragoza, había oído hablar al canónigo Codallos. Sin duda tuvo éste que dar ahora a Boturini todas las noticias a su alcance acerca de la tradición guadalupana. Y el caso es que don Lorenzo, devoto y curioso a la vez, lejos de quedar satisfecho, se sintió impedido a inquirir no ya a la ligera, sino como si este asunto hubiera sido la razón misma de su venida a México. Hablando de lo que entonces le ocurrió, asienta en su ya citada declaración de 1742 que

[...] luego que vino al reino, meditó de dedicar su pluma y trabajos en gloria y culto de la Reina de los Ángeles, Señora y Patrona nuestra de Guadalupe, habiendo corrido muchas provincias de los indios para indagar las pruebas contemporáneas del portentoso milagro de sus apariciones [...].<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Así lo afirma en su declaración en el “extracto de la causa”, publicada por Torre Revello en *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. VII, n. 2, p. 240-241 y en *Documentos inéditos para la historia de España*, t. V, edición de M. Ballesteros Gaibrois, Madrid, 1947, p. 175.

<sup>7</sup> Lo hace constar la placa colocada en 1923 por la Academia Mexicana de la Historia en la casa número 23 de la calle de Cincuenta y Siete.

<sup>8</sup> *Apud* Torre Revello, “Declaración”, en *op. cit.*, p. 231.

Insistiendo, años más tarde, en explicar el modo como se vio atraído a tan peregrina ocupación, nos dice:

Apenas llegado, me sentí estimulado de un superior tierno impulso para investigar el prodigioso milagro de las apariciones de nuestra patrona de Guadalupe; en cuya ocasión hallé la historia de ella fundada en la sola tradición, sin que se supiese en dónde ni en qué manos parasen los monumentos de tan peregrino portento [...].<sup>9</sup>

En interés casi obsesionante se convirtió su afán por allegar los posibles fundamentos históricos de la tradición guadalupana, como lo muestran muchas de sus cartas, alegatos y memoriales. Y si recordamos ahora el impresionante drama que vivía la Nueva España desde poco después de la llegada de Boturini, tal vez encontremos que las mismas circunstancias fueron nuevo acicate de su celo en este asunto. Una calamidad inmensa se dejaba entonces sentir. Los ojos de los afligidos habitantes comenzaban ya a volverse hacia la Señora de Guadalupe. En un obraje cerca de Tacubaya se habían presentado los primeros casos de la terrible peste que con nombre indígena se llamó gran *matlazáhuatl*. Con rapidez se propagó el mal en forma verdaderamente pavorosa. De la ciudad de México pasó a la de Puebla y luego se extendió por todo el altiplano y llegó a apartadas provincias de Nueva España. Si nos fiamos del testimonio de Andrés Cavo, según los libros parroquiales de defunciones murieron en México más de cuarenta mil personas y en Puebla cerca de cincuenta y cuatro mil.<sup>10</sup> Nada difícil es imaginar la aflicción y el pánico que reinaban por todas partes. Boturini, al que también había gustado la vida sonriente de las cortes, contempló recién llegado al Nuevo Mundo una desgracia sólo semejante a aquellas de las que tal vez tenía noticia por sus lecturas acerca de las epidemias y pestes en Europa, sobre todo en los días de la Edad Media.

Estando en su clímax la mortandad que causaba el *matlazáhuatl*, don Lorenzo fue testigo de algo que vino a reforzar su primer impulso de investigador guadalupano. En mayo de 1737 el virrey, la ciudad y los gremios, como medida extrema y, según Cavo, “por una especie de aclamación, determinan jurar por patrona a la Santísima Virgen de

<sup>9</sup> “Dedicatoria a Felipe V” en *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, en Madrid, en la imprenta de Juan de Zúñiga, año de 1746.

<sup>10</sup> Andrés Cavo, *Historia de México*, ed. de Ernesto J. Burrus, México 1949, p. 420.

Guadalupe”, de quien esperan ponga término a tamaño mal.<sup>11</sup> Éste, según lo refieren con gozo y devoción las crónicas, comenzó entonces a ceder Boturini, compartiendo sin duda la opinión general, vio en este hecho un nuevo milagro de la Virgen de Guadalupe.

Para estas fechas había iniciado ya sus pesquisas y correrías en busca de los posibles “Monumentos de tan peregrino portento” Al redactar, mucho más tarde, su célebre “Catálogo del Museo histórico indiano”, recordará los dificultosos principios de su investigación.

[...] pasaron dos años sin que pudiese conseguir siquiera un mapa ni ver la cara a manuscrito alguno, habiéndome sucedido muchas veces peregrinar de unos lugares a otros los cinco y seis meses continuos y volverme a la ciudad capital sin fruto alguno [...].<sup>12</sup>

Pero ya desde el momento de sus primeros hallazgos el campo de su interés comenzó a ampliarse. La búsqueda de testimonios guadalupanos lo hizo toparse además con las fuentes y testimonios para el conocimiento de las antiguas culturas nativas.

La misma historia de la gentilidad que estaba por expirar —escribe—, clamaba por sujeto que la sacase del túmulo del olvido. No tardó mi propensión a pensar en lo uno y en lo otro; y aunque parecía a muchos imposible la empresa, fiado yo de la asistencia del Altísimo, que nunca falta a quien tiene buena intención, eché el pecho al agua y expuesto a las inclemencias del cielo y a otras infinitas incomodidades, caminé largas tierras y muchas veces sin encontrar albergue, hasta que, con ocho años de incesante tesón y de crecidísimos gastos, tuve la dicha, que ninguno puede contar, de haber conseguido un museo de cosas tan preciosas en ambas historias, eclesiástica y profana, que se puede tener por otro de los más ricos tesoros de las Indias [...].<sup>13</sup>

Más de seis años dedicó Boturini a la búsqueda de testimonios, tanto en apoyo de la tradición guadalupana como acerca de la que él llama “historia de la gentilidad” Con celo que asombra llevó a cabo durante este tiempo sus pesquisas, alternando recorridos por diversos lugares

<sup>11</sup> Andrés Cavo, *loc. cit.*

<sup>12</sup> *Idea de una nueva historia...* Prefacio al “Catálogo del Museo histórico indiano” (sin foliar en la edición de 1746).

<sup>13</sup> *Idea de una nueva historia...* (Dedicatoria a Felipe V).

con periodos de estancia en la ciudad y en la propia Villa de Guadalupe, donde se había dispuesto una pequeña habitación. Sin concederse descanso hurgaba entonces con ojo avizor en las principales bibliotecas y archivos de la ciudad. En ella habría de encontrar nada menos que la rica colección, formada un siglo antes, y con parecidos afanes, por don Carlos de Sigüenza y Góngora. Lo que quedaba de sus papeles se conservaba en la Biblioteca del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de los jesuitas, a quienes había nombrado él sus herederos.

Un examen del catálogo que elaboró más tarde Boturini de su “Museo histórico indiano”, así como de los varios inventarios que se conservan de esos mismos documentos, permite desde luego identificar las copias que hizo de piezas de la colección de Sigüenza. Para dar sólo unos pocos ejemplos, diremos que de ese rico repositorio obtuvo sus traslados de casi todas las relaciones del cronista don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Otro tanto puede añadirse acerca de los escritos, que también copió, del ilustre don Domingo de San Antón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, oriundo de Amecameca. Igualmente encontró allí la hasta hoy inédita “Crónica de Tlaxcala” de don Juan Ventura Zapata y Mendoza, escrita también en lengua náhuatl, y las no menos importantes crónicas de don Hernando Alvarado Tezozómoc, descendiente de la nobleza azteca.<sup>14</sup> Y por lo que toca a sus búsquedas de impresos y manuscritos en relación con el milagro de Guadalupe, cabe decir que fueron no pocos los papeles que asimismo hizo copiar de la dicha colección.

Sabemos igualmente que, durante sus intermitentes permanencias en la capital, además de consultar con personas que le parecían entendidas, hizo detenida indagación en los libros del Cabildo de la Catedral, en el archivo de la Real Audiencia, en la Biblioteca de la Universidad y en otras colecciones, de las que obtuvo, como lo muestra su catálogo, más copias de libros y manuscritos. Pero, aunque es cierto que una parte de lo que al fin reunió provino de estos repositorios de relativamente fácil consulta, menester es repetir que la gestión más ardua, llevada a cabo durante sus salidas a distintos lugares y pueblos, le proporcionó también materiales valiosos y sobre todo poco conocidos.

<sup>14</sup> Consta que las obras de Ixtlilxóchitl, Chimalpahin, Zapata y Tezozómoc formaban parte de la colección de Sigüenza gracias al testimonio de Clavigero, que así lo afirma en una lista que hizo de los documentos que consultó en la Biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de México. Véase: Ernest J. Burrus, “Clavigero and the lost Sigüenza y Góngora manuscripts”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1959, t. I, p. 59-90.

Con un tono que casi parece terquedad proclamará más tarde don Lorenzo, en su declaración ante el Alcalde del Crimen, lo que le significó esta empresa.

[...] ha dormido en pueblos yermos de dichos naturales, por el suelo de sus casitas y chozas, y tal vez prevenido de la noche en los mismos caminos, con tan pesados trabajos que humanamente no los puede ponderar, siendo tan difícil el tratar con los indios, que son en extremo desconfiados de todo español y esconden sus antiguas pinturas hasta con enterrarlas [...].<sup>15</sup>

Entre las regiones que recorrió Boturini en busca de papeles y códices estuvieron desde luego los alrededores de la ciudad de México. Habla, por ejemplo, de sus varias estancias en el pueblo de Metztitlán, en donde afirma haber descubierto una especie de cruz, “cerca del despñadero del cerro grande de Tianquiztépétl” que, a su juicio, llevaba a pensar en una posible predicación del Evangelio en estas tierras por parte del apóstol Santo Tomás antes de la venida de los españoles. Frecuentes salidas emprendió también a varios lugares de la zona poblano-tlaxcalteca. Desde luego estuvo en Huexotzinco, en Cholula y en Tlaxcala. Este último lugar le resultó particularmente interesante, tanto por las amistades que allí hizo, como por los documentos que encontró. Bien supo captar la importancia histórica de Tlaxcala cuando llegó a decir de ella.

[...] ni tengo duda que esta gloriosa ciudad y nación tenga en la historia de la Nueva España un lugar eminente, pleno de laureles y de aplausos, y yo iré indicando el material histórico que junté de esta nobilísima ciudad.<sup>16</sup>

Acerca de sus estancias en Tlaxcala hay entre sus papeles, conservados en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, la copia de un auto que dirigió don Lorenzo al alguacil mayor de la propia ciudad, con fecha 9 de diciembre de 1740, en el que contra todo lo que pudiera preverse respecto de un extranjero que había venido a Nueva España sin licencia, aparece actuando como teniente principal de Tlaxcala, “por ausencia de don Joaquín Antonio Cortillas”, y formulando una serie de

<sup>15</sup> *Apud* Torre Revello, *op. cit.*, p. 231.

<sup>16</sup> “Catálogo del Museo histórico indiano” en *Idea de una nueva historia...*, sección “Historia tlaxcalteca”

quejas en defensa de sus habitantes, sobre todo de los naturales de esa jurisdicción.<sup>17</sup>

En lo que toca a otros de los papeles que le fueron recogidos recordaremos unos cuantos, también en relación con Tlaxcala, de máxima importancia y bien conocidos por cierto en la actualidad. Desde luego primer lugar ocupa la *Historia* del noble mestizo del siglo XVI don Diego Muñoz Camargo. Fundamental y hasta ahora inédita, no obstante que se conoce su paradero en la Biblioteca Nacional de París, es la "Matrícula de Tributos de Huexotzinco" También merecen recordación varios fragmentos y copias del que se designa como "Lienzo de Tlaxcala" Y finalmente han de señalarse al menos los textos en náhuatl que obtuvo Boturini del intérprete de esa ciudad, don Francisco de Loaisa, algunos de ellos también conservados actualmente en la Biblioteca de París y que siguen en espera de traducción y estudio. Y repetimos que, así como halló en Tlaxcala estos testimonios sobre el pasado indígena, también reunió otros muy a propósito para dar satisfacción a su interés guadalupano.

El rumbo de los matlatzincas, y desde luego la ciudad de Toluca y muchos pueblos vecinos, fueron también campo de sus incursiones y búsquedas. De allí pasó adelante y al parecer recorrió diversos lugares del que llama "reino de Michuacán" De San Pablo Yuririapúndaro obtuvo el original de "un mapa en lienzo de algodón", y de otros sitios más papeles y documentos, como la copia del "tanto de merced de tierras que hizo el Virrey don Luis de Velasco a diferentes pueblos de Michuacán" <sup>18</sup>

Y aunque no está claro si llegó en sus salidas hasta la provincia de Oaxaca, sabemos al menos que de allí consiguió un valioso código indígena que, con fruición, describe en su catálogo como

[...] otro mapa original en papel indiano que se extiende y dobla como una pieza de paño. Parece, por lo que puede decir al presente, que lleva delineamientos de algún calendario de aquellas naciones [...].<sup>19</sup>

Pero en este punto es necesario recordar que, mientras se encontraba tan atareado buscando testimonios sobre el que llama "peregrino

<sup>17</sup> Véase la transcripción de este auto, suscrito por Boturini, en *Documentos inéditos para la historia de España*, t. V, p. 155-159.

<sup>18</sup> "Catálogo del Museo histórico indiano", en *Idea de una nueva historia...*, sección sobre "Historia de Michoacán"

<sup>19</sup> *Ibid.*, sección sobre "Año ritual"

portento" e igualmente acerca de la gentilidad indígena, Boturini dio lugar en su ánimo a una nueva y bien dificultosa empresa. Fue ésta la de promover y hacer feliz realidad la coronación de la Señora de Guadalupe. Desafortunadamente, sin percibir los peligros inherentes a tan religioso impulso, comenzó a dar varios pasos que fueron raíz de sus desgracias.

En la citada "declaración" suya ante "el Alcalde del Crimen" refiere que, hacia 1740, decidió informarse, consultando a Roma si el privilegio de coronar las imágenes sagradas era extensivo a las que había en el Nuevo Mundo. Con gran celo remitió entonces memoriales y buscó el apoyo de quienes podían ayudarle a lograr su cometido en la Corte Vaticana. Confiando en una respuesta favorable, pensó en reunir los fondos necesarios para hacer una corona digna de tan venerada señora. Consideró que cabía obtener para este fin cierta suma de la Obra Pía, especie de legado del conde Alejandro de Sforza Palavicino, en el que se preveían donaciones para coronar imágenes como esta de Guadalupe. Y asimismo, para festinar aún más el asunto y alcanzar la participación en él de toda suerte de personas devotas, don Lorenzo escribió numerosas cartas a obispos, deanes y cabildos y en fin a toda clase de gente principal, dándoles a conocer su propósito y solicitando cualquier forma de ayuda o limosna para encargar desde luego la hechura de la corona.

Despachos favorables de Roma llegaron al fin y Boturini, hilarante, los hizo del conocimiento de la Real Audiencia con la petición de que ésta hiciera digna participación de ello al excelentísimo arzobispo. Mas éste, que a la sazón era don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, que hasta muy pocos meses antes había fungido además como virrey, al enterarse ahora del asunto, manifestó que "no consentía ejecutar dichos despachos por la sabia reflexión de no llevar el pase del Supremo Consejo (de Indias)"<sup>20</sup>

El asunto pareció quedar entonces en suspenso, aunque entre tanto Boturini comenzó a recibir algunas respuestas a sus cartas petitorias para sufragar los gastos de la coronación. Nuestro caballero siguió insistiendo ante la curia arzobispal, aunque sin abandonar preparativos, ni dejar esas correrías que tanto le agradaban, y de las que regresaba casi siempre con más papeles y testimonios. De esta suerte transcurrieron un par de años, durante los cuales llegó, y murió en México, un nuevo virrey, el duque de la Conquista. En su lugar ejerció entonces el supremo gobierno, en forma interina, la Real Audiencia.

<sup>20</sup> *Apud* Torre Revello, *op. cit.*, p. 235.

Por fin, en octubre de 1742, se tuvieron noticias de la venida, como virrey, de don Pedro Cebrían y Agustín, conde de Fuenclara. El 3 de noviembre del mismo año, procedente de Veracruz, el nuevo virrey se detenía en Jalapa. El alcalde de esa ciudad concibió entonces la desafortunada ocurrencia de mostrar al de Fuenclara una de las comunicaciones de Boturini en la que éste solicitaba donativos para la deseada coronación. Verla y ordenar se investigara de inmediato acerca del asunto fue todo uno para el virrey. Había que esclarecer quién era este extranjero, si tenía licencia para adentrarse en el país, conocer sus ocupaciones y ver sobre todo con qué autoridad se había inmiscuido en promover coronaciones y recoger papeles y antiguallas.<sup>21</sup>

Muy poco después, el 28 de noviembre del mismo año, Boturini se vio forzado a comparecer ante el Alcalde del Crimen y juez de provincia, don Antonio de Rojas y Abreu, “para efecto de recibirle declaración que tiene pedida el señor Fiscal de Su Majestad, en orden a los puntos que expresa su pedimento [...]” Don Lorenzo, que hasta entonces no había entrevisto los riesgos de su empresa, ofreció desde luego decir verdad y, una vez juramentado, hizo una larga exposición en la que manifestó su origen y condición, exhibiendo los documentos que traía consigo y que acreditaban el lugar de su nacimiento, su calidad de cristiano, sus títulos nobiliarios y su estado de soltero. A continuación explicó los motivos que lo habían traído a Nueva España, especialmente el encargo recibido de la condesa de Santibáñez y la invitación que le hiciera el canónigo Codallos. Confesó enseguida su ignorancia respecto de la prohibición de pasar a las Indias sin licencia. Dio a conocer cuáles habían sido sus ocupaciones y los grandes padecimientos que había sobrellevado en su búsqueda de papeles en apoyo de la tradición guadalupana y para el estudio de la antigua gentilidad. Respecto de haber promovido la coronación de la Señora de Guadalupe, manifestó que ella misma debió ser la que lo destinó a las Indias, “a fin de que soportase el grande peso de escribir su historia y promover las mayores glorias de Su Majestad, de lo que ya se han visto los efectos”<sup>22</sup> Acerca de la acusación de haber obtenido para ello un Breve Pontificio, sin contar antes con el pase regio, expresó que, como el Real Tribunal del Acuerdo no había puesto objeción, consideró que el asunto se daba por aprobado.

<sup>21</sup> Acerca de la intervención del virrey Fuenclara en el caso de Boturini, puede consultarse el capítulo que dedica a este asunto Eugenio Sarralbé Aguarales en *El conde de Fuenclara, embajador y virrey de Nueva España (1587-1752)*, 2 v., Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1966, t. II, p. 73-99.

<sup>22</sup> “Declaración de Lorenzo Boturini” *Apud* Torre Revello, *Documentos...*, op. cit., p. 233.



De todo lo dicho exhibió pruebas documentales y dio cuenta, también pormenorizada, de lo que hasta la fecha había recibido como donativos, en respuesta a sus cartas petitorias para contribuir al costo de la corona. Finalmente proclamó que, “aunque hubiere errado en poco o en mucho, no cabe en su corazón malicia alguna sino una devoción antigua y radicada por María Santísima [...]”<sup>23</sup> Por todo ello, concluyó acogiéndose a la real clemencia, protestando se hagan llegar “sus humildísimas quejas y agravios ante el vivo oráculo de Su Majestad Católica, Clementísimo Señor, y sus Reales Consejeros”<sup>24</sup>

Largo sería examinar todos los incidentes de la causa que quedó incoada con esta declaración suya ante el Alcalde del Crimen. Entresacamos por ello tan sólo algunos de los puntos más significativos de los documentos que se conservan del proceso que se le siguió.

Con fecha 7 de diciembre del mismo 1742, el fiscal de Su Majestad, licenciado Vedoya, manifestó que ha quedado “enterado de la difusa declaración que antecede, hecha por don Lorenzo Boturini” y que, lejos de hallar en ella justificación alguna respecto de los cargos, bien puede encontrarse en las palabras mismas de quien debe tenerse por presunto reo, nuevos argumentos para sustanciar las acusaciones originalmente formuladas. Recomienda, en conclusión,

[...] que la persona de dicho don Lorenzo se asegure en prisión, así para la satisfacción de cualquiera resulta que por esta razón hubiese, como para la restitución a su origen y domicilio, según las providencias establecidas por las leyes [...].<sup>25</sup>

Y añade que no sólo se proceda a su captura, sino que se ejecute también “el secuestro y embargo de los bienes que se le descubrieren, como de todos y cualesquiera papeles que se le hallaren”<sup>26</sup> Consecuencia de lo anterior fue que el 4 de febrero de 1743 Boturini se viera reducido a prisión y tuviera noticia, un día más tarde, de que todos los papeles y documentos que integraban su tan preciado *Museo histórico indiano* habían sido requisados.

Casi nueve meses pasaría en prisión don Lorenzo, padeciendo no sólo incomodidades sino verdaderas vejaciones, recibiendo a veces escasos alimentos y estando obligado a convivir con reos del orden co-

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 236.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 247

<sup>26</sup> *Loc. cit.*



mún. De ello se dolió amargamente en sus cartas y memoriales, en los que también expresó su preocupación por la suerte que pudieran correr los papeles que con tantos trabajos alcanzó a reunir. Al tiempo de su prisión pudo haber redactado él mismo, fiándose de su memoria, un primer inventario de los documentos secuestrados. De él habría de valerle más tarde para redactar el catálogo de su museo de antigüallas. Otros inventarios se practicaron también en presencia suya. Esto, sin embargo, no atenuó sus temores acerca de la posible pérdida o destrucción de sus preciados testimonios. Así lo manifiesta, desde su prisión en las Casas Consistoriales, en una comunicación al virrey conde de Fuenclara. “No podía Vuestra Excelencia —le dice—, darme mayor tormento que el apartar de mis manos el archivo histórico que me ha costado siete años de pesadísimos trabajos, muchas enfermedades y cantidad crecida de dinero [...]” Y en un *post scriptum* dice, increpando casi al virrey, “a cuyo despótico albedrío dejo el destino del memorial anexo, para que haga su Superior Grandeza de mi persona cuanto quisiere, que obedezco pecho por tierra”<sup>27</sup> Otra comunicación escrita por Boturini en tan penosas circunstancias, merece también ser recordada. Iba ésta dirigida, con fecha 16 de abril de 1743, al secretario de Nueva España en el Consejo de Indias, don Fernando Triviño. En ella don Lorenzo, como expresamente lo dice, quiere “templar los siniestros informes” que contra él seguramente se han dado y, previendo que habrá de ser remitido a España para que allí se le juzgue, anticipa ya las razones que se le ofrecen en descargo suyo.<sup>28</sup>

En medio de tan lamentable situación favoreció en cierto grado a Boturini el hecho de que, con un criterio un tanto más comprensivo, don Domingo Valcárcel, de la Audiencia de México, se hiciera cargo de su causa. En el informe que, en conclusión, dirigió éste al virrey de Fuenclara reconoce ciertamente que don Lorenzo ha quebrantado las leyes que prohíben a todo extranjero adentrarse en las Indias sin licencia y que igualmente ha transgredido lo que toca al *pase regio* en la obtención de las Bulas Pontificias para la coronación de la Virgen de Guadalupe. Pero, con un sentido de justicia que no puede pasarse por alto, señala expresamente que en la persona del inculpado “no se descubre ni justifica concluyentemente el dolo malo que, para constituir a algún sujeto en delito punible, requieren y previenen los derechos [...]”<sup>29</sup>

<sup>27</sup> José Torre Revello, “Documentos relativos a don Lorenzo Boturini Benaduci”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. VII, n. 1, p. 10.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 249.



Y ponderando luego lo que de bueno ha tenido la empresa que se echó a cuestras Boturini, añade, que

[...] éste procuró esmerarse a costa de muchos e indecibles trabajos, caminos y costos, en solicitar y adquirir las noticias y particulares monumentos de la tradición antiquísima de tan sagrado objeto: extender y continuar los fervorosos cultos y veneración que le es debida y que no por esto ha mirado en intereses temporales y de hacienda cosa alguna de estimación o provecho; hallándose como se halla en la prisión, con sumas miserias y desdichas, comiendo y manteniéndose de limosna, como otro cualquiera mendigo [...].<sup>30</sup>

Ponderadas así las transgresiones y los méritos del inculpado, Valcárcel se sumó al parecer del fiscal en el sentido de que no era conveniente se permitiera a Boturini permanecer en el reino por ser de nación extranjera. Mas contrarrestando la inicial dureza, añadió

[...] que, no habiendo culpa dolosa y de malicia de que hacerle cargo ni acusarle [...], se dé cuenta a Su Majestad en la primera ocasión y asimismo se lleve a debido efecto el transporte de la persona del dicho Boturini [...].<sup>31</sup>

Aceptado el parecer de Valcárcel, dispuso el virrey de Fuenclara la salida de don Lorenzo, “bajo partida de registro”, con rumbo a España. Esto ocurrió en los primeros días de octubre de 1743. Boturini, lleno de pesadumbre a no dudarlo, pues se veía forzado a marcharse dejando en lamentable abandono sus papeles, llegó así a Veracruz y después se embarcó en el navío Concordia que debía llevarlo a Cádiz.

Y como a la Nueva España había llegado en calidad de náufrago, también a la antigua arribó de manera parecida. El Concordia fue apresado por piratas ingleses cerca ya de su destino. Curiosamente quien había salido de México por no ser español, caía ahora cautivo, cual si lo fuera, en manos de los corsarios. Detenido por breve tiempo en Gibraltar, quedó al fin libre y diríamos que, para fortuna suya, sin los autos de su partida de registro que debieron perderse al ser apresado el Concordia. De Gibraltar pasó don Lorenzo a Cádiz y de allí se dirigió a Madrid para presentarse libremente ante el Consejo de Indias. Nuestro

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 250.

<sup>31</sup> *Loc. cit.*



caballero “de suaves costumbres, modestia y humildad” actuará de nuevo en la corte. Sus anteriores padecimientos parecían darle mayores ánimos. Más que como posible reo, se presentará como agraviado para elevar sus quejas al rey y pedir se le haga justicia.

*Alegatos ante el Consejo de Indias y redacción de sus obras (1744-1755)*

Cuando a principios de 1744 llegó don Lorenzo a Madrid, el Consejo de Indias se encontraba ya, al menos parcialmente, enterado de lo tocante a su causa y extradición de Nueva España. Aunque se perdieron los autos de registro, el virrey de Fuenclara, en varias cartas al Consejo, se había encargado de sustanciar las acusaciones para justificar así la decisión tomada. Conociendo esto Boturini, se apersonó con don Fernando Triviño que, como hemos visto, ocupaba el puesto de secretario de Nueva España en el Consejo de Indias. Tal vez a sugerencia de éste, redactó entonces un memorial que dirigió a Felipe V, dándole a conocer sus desgracias y solicitando su clemente intervención. Con la minuciosidad que le era característica declaró allí tener noticia de lo que, en contra suya, había escrito el conde de Fuenclara. Pero en vez de hacer apelación,

[...] se allana a que, si constare de los referidos autos algún delito, Vuestra Majestad le mande castigar [...], a lo menos en lo que hubiere incurrido por ignorancia. Y por lo contrario, si de los mismos autos resultare haber el virrey cometido graves excesos y ofendido al suplicante en la estimación y en la vida, y hallarse justificado ser su persona benemérita del real servicio, pone en las clementísimas manos de Vuestra Majestad, la satisfacción de los recibidos agravios, la indemnización de los crecidos daños que le han sobrevenido, la restitución que aguarda de dicho su archivo y la recompensa de sus méritos, que se reducen a nueve años de continua tarea y grandes gastos en haber juntado los monumentos de la Historia General de la Nueva España, según consta del inventario de ellos [...]. Esperando de su soberana justicia y piedad aquella providencia que sea de su mayor agrado [...] <sup>32</sup>

<sup>32</sup> “Memorial a S. M. Felipe V”, mencionado por Torre Revello en *op. cit.*, p. 13-14 y publicado íntegramente por Eugène Boban en *Documents pour servir à l'histoire du Mexique*, 2 v., Paris, 1891, t. I, p. 48-50.



A continuación da allí Boturini una lista pormenorizada de los documentos que acreditan su origen y sus títulos, acerca de todo lo cual añade, con cierta ingenuidad, que precisamente tenía intención de completar la historia de su familia pero que,

[...] por haberse engolfado allá en la (Historia) General de la Nueva España, y embelesado en la de Nuestra Señora de Guadalupe, olvidó enteramente las propias conveniencias e intereses de su casa, ocupado en descifrar aquel laberinto de figuras, caracteres y símbolos y jeroglíficos [...].<sup>33</sup>

Tras manifestar esto, formula peticiones. Insiste en la conveniencia de la coronación de la portentosa imagen y solicita la devolución de sus papeles y que, entre tanto, se ordene sean debidamente preservados en Nueva España. Su memorial concluye en forma casi eufórica augurando que

[...] esta poderosa Señora, agradecida del nuevo culto de su coronación, hará llover mil bendiciones en uno y otro mundo, brotar de la antigua preñez de los montes americanos inmensos tesoros de oro y plata. Dará a los ejércitos españoles siempre victoria y retribuirá a V. M. coronas por corona [...].<sup>34</sup>

Puede afirmarse desde luego que, en esta primera parte de sus gestiones, alcanzó resultados positivos. El memorial al rey, y probablemente las intervenciones de don Fernando Triviño, debieron influir en la decisión del fiscal del Consejo, que ordenó se pidiera al conde de Fuenclara se trasladara de inmediato el archivo de Boturini a las habitaciones altas del palacio virreinal para evitar que esos documentos se dañasen por obra de la humedad.

Síntoma del desdén con que el de Fuenclara seguía mirando este asunto son las palabras de una comunicación suya al Consejo de Indias, en las que describe así los papeles de Boturini.

[...] omito decir a Vuestra Señoría la poca utilidad y efecto que prometen los referidos instrumentos, por cuanto las partidas del Índice lo manifiestan, porque los más son fragmentos imposibilitados de coor-

<sup>33</sup> Boban, *op. cit.*, p. 50.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 51.

dinación, ni a que de ellos se saque conclusión alguna [...]. Todos están truncos sin poderlos combinar entre sí [...].<sup>35</sup>

Mientras el Consejo de Indias deliberaba para tomar un acuerdo sobre la suerte de Boturini, éste, lejos de perder el tiempo, comenzó a trabajar afanosamente en la redacción de una especie de boceto de la obra que se proponía escribir más tarde acerca de la historia de la América Septentrional. Lo que ahora preparaba habría de llevar el título de *Idea de una nueva historia general...*

Circunstancia favorable para Boturini durante este tiempo fue su encuentro en Madrid con un joven mexicano, natural de la Puebla de los Ángeles, que más tarde llegaría a destacar también como historiador. Nos referimos a don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia que, desde 1737, y siendo apenas de diecisiete años de edad, se había trasladado a la península para atender, entre otras cosas, algunos asuntos de carácter económico en relación con intereses de su familia.

Aunque desconocemos en qué forma llegó a conocer Veytia a Boturini, el hecho es que, por lo menos desde 1745, mantuvo con él estrecha amistad. Según un testimonio de don Francisco Ortega, incluido en la introducción que preparó, al publicar mucho después la obra inédita de Veytia sobre la *Historia antigua de México*, la amistad entre el joven poblano y Boturini movió al primero a auxiliar, hasta donde pudo, al desafortunado caballero milanés. Así, Veytia, que disponía de abundantes recursos económicos y había concebido además gran admiración por los trabajos de don Lorenzo, lo hospedó en la casa que habitaba él en Madrid para que allí pudiera concluir con relativa calma su proyectada *Idea de una nueva historia general...* A su vez Veytia, como lo hace constar él mismo, recibió de Boturini las primeras enseñanzas que habrían de moverlo a dedicarse también al estudio de las antigüedades mexicanas.<sup>36</sup>

El trabajo de Boturini, que por necesidad tuvo que apoyarse tan sólo en las obras publicadas que pudo consultar y en lo que recordaba acerca de sus propios documentos, iba a tener al menos el mérito indiscutible de haber sido concebido desde un punto de vista radicalmente nuevo. En su acercamiento a la evolución de las culturas indígenas y a sus diversas instituciones, Boturini había decidido aplicar la concep-

<sup>35</sup> "Carta del Virrey Conde de Fuenclara, de fecha 20 de agosto de 1745", citada por Torre Revello, *op. cit.*, p. 14.

<sup>36</sup> Francisco Ortega, "Noticia sobre el autor", en Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Historia antigua de México*, 2 v., 2a. ed., México, Editorial Leyenda, 1944, t. I, p. XV

ción de la historia de Giambattista Vico. Y si esto, como veremos, llegó a traerle nuevas acusaciones y molestias, la realidad es que su *Idea* se situó así, por vez primera, en el género de investigaciones de lo que hoy llamamos filosofía de la cultura.

Este trabajo, el único que vio impreso Boturini, apareció a mediados de 1746, avalado con los dictámenes, no sólo favorables sino elogiosos, de don José Borrull, fiscal de Nueva España en el Consejo de Indias y de fray Juan de la Concepción, calificador de la Inquisición y miembro de la Real Academia. Don Lorenzo, que esperaba ganarse con esto mayor interés y simpatía, dedicó su obra “al Rey Nuestro Señor en su Real y Supremo Consejo de las Indias” En ella presentó en forma sumaria el cuadro de las principales instituciones indígenas, de las que tan poca noticia se tenía en la España de su tiempo. En función del esquema de Vico estableció tres grandes edades o periodos de la evolución de estas culturas. La “Edad de los dioses” nos da el elenco de las más importantes figuras del viejo panteón nativo con sus rasgos y atributos. La “Edad de los héroes” es el momento dentro del cual situó Boturini las grandes creaciones del calendario, la simbología y la llegada de las primeras naciones pobladoras a esta porción del Nuevo Mundo. Finalmente, la “Edad de los hombres”, es ya la elucidación histórica de lo que fueron las formas de vida de pueblos más recientes como los chichimecas, los tepanecas y los aztecas. Dentro del mismo volumen que, por su carácter de síntesis o anticipo recibió el título de *Idea*, incluyó Boturini el catálogo que desde mucho antes había preparado sobre su “Museo histórico indiano” Su intención, al publicarlo, fue mostrar cuál era el caudal de documentos que había allegado y sobre los cuales se proponía trabajar para elaborar al fin la obra más amplia que debía ser su *Historia de la América Septentrional*.

Justamente el ya mencionado don José Borrull, fiscal de Nueva España en el Consejo de Indias, que como ya vimos había dado un dictamen favorable respecto de la *Idea*, continuó ayudando grandemente a Boturini, entre otras cosas ampliando el círculo de las relaciones de éste en Madrid. A través de Borrull nuestro autor entró así en contacto personal, entre otros, con el jesuita español Andrés Marcos Burriel, al igual que con el distinguido historiador y lingüista valenciano don Gregorio Mayáns y Siscar<sup>37</sup> La amistad que con éste último pudo estrechar

<sup>37</sup> Por lo que toca a Andrés Marcos Burriel, oriundo de Cuenca (1719-1762), cabe recordar que su interés por la historia lo había llevado a participar en la revisión de otra obra de tema mexicano, la *Noticia de la California* de Miguel Venegas, publicada finalmente, tras larga demora, en Madrid, 1757 En lo que se refiere a Gregorio Mayáns y Siscar (1699-

Boturini habría de traducirse, como vamos a verlo, en no pocas realidades que atenuaron de algún modo sus propias desgracias.

Hasta donde sabemos, esta relación de don Lorenzo con Mayáns y Siscar no había sido tomada en cuenta por quienes se han interesado en la vida y la obra del caballero milanés. Recientemente el historiador español Antonio Mestre se ha ocupado de este asunto en una obra que ha sacado a luz sobre Mayáns y la historiografía española del siglo XVIII. En ella ofrece no pocos testimonios documentales que habían permanecido en el olvido, procedentes, en su mayor parte, de la Biblioteca Municipal de Valencia y la Biblioteca del Colegio de Corpus Christi (Archivo Hispano Mayansiano, Patriarca), donde se conserva buena parte de la correspondencia de Mayáns.<sup>38</sup>

De la lectura de algunas cartas de Mayáns se desprende que, informado sobre la persona de Boturini, gracias a lo que de éste le había comunicado Borrull, Mayáns comenzó a interesarse seriamente en los infortunios y trabajos de nuestro autor. Además, a través de la relativamente amplia correspondencia epistolar que ambos comenzaron entonces a mantener, nos enteramos de que Mayáns quedó también gratamente sorprendido con la lectura de la *Idea* que justamente entonces acababa de ver la luz pública. Precisamente esto fue lo que movió a Mayáns a proponer a Boturini como miembro de la Academia Valenciana, en la que había de ingresar don Lorenzo poco tiempo más tarde. Boturini, por su parte, al percatarse del amplio criterio de Mayáns y de su sólida preparación histórica, comenzó a consultarlo con frecuencia, en busca de sus consejos con miras a la preparación de la obra más amplia, en la que entonces se ocupaba, o sea la *Historia general de la América Septentrional*. De hecho, con este fin, Boturini decidió trasladarse a Oliva, en Valencia, donde residía Mayáns. Llegado a la casa de éste, a mediados de 1748, fue tan bien recibido que aceptó la invitación de permanecer allí hasta fines del mismo año. Tanto durante este tiempo, como en un segundo lapso, de fines de 1749 a mediados de 1750,

1781), nacido en Oliva, Valencia, recordaremos que fue, entre otras cosas, profesor en la Universidad de Valencia y funcionario de la Biblioteca Real. Entre sus numerosas obras están *Orígenes de la lengua española*, *Vida de Miguel de Cervantes*, *Cartas latinas*, *Gramática de la lengua latina*, ediciones de el *Diálogo de las armas y linajes de la nobleza de España*, de Antonio Agustín; la *Censura de historias fabulosas*, de Nicolás Antonio, así como de varias de las obras de Luis Vives.

<sup>38</sup> La reciente obra de Antonio Mestre lleva por título: *Historia, fueros y actitudes políticas: Mayáns y la historiografía del siglo XVIII*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1970. Al tema de las relaciones de Mayáns con Boturini dedica Mestre la sección comprendida entre las páginas 313 y 328.

cuando también estuvo Boturini en Oliva al lado de Mayáns —según lo manifiesta en varias cartas— pudo beneficiarse grandemente con las acertadas recomendaciones del erudito valenciano. Ello, como lo nota el citado Antonio Mestre, “demuestra una importante colaboración de Mayáns en la *Historia general de la América Septentrional*.”<sup>39</sup>

Por otra parte, y casi al mismo tiempo en que don Lorenzo había conocido a Mayáns, la buena disposición de Borrull respecto de Boturini se había traducido en otros hechos positivos. A sugerencia de Borrull, en su calidad de fiscal de Nueva España en el Consejo de Indias, y después de prolijas consideraciones por parte de algunos de los miembros de dicha institución, se formuló una propuesta que luego se sometió a la consideración del rey. En ella se sugería crear en favor de Boturini un nuevo cargo que debería ostentar el título de “Cronista en las Indias” y al cual debía asignarse un sueldo de mil pesos anuales. Igualmente se aconsejaba se permitiera el regreso del caballero milanés a Nueva España, en donde deberían devolverse sus papeles para que pudiera trabajar mejor en la preparación de su más amplia *Historia general de la América Septentrional*. La propuesta incluía igualmente otra sugerencia muy interesante. Se refería ésta a la conveniencia de fundar en Nueva España una Academia de Historia, que posiblemente debía tenerse como filial de la Real Academia que existía en Madrid. En ella debían reunirse, al lado de Boturini, algunos otros estudiosos de las antigüedades mexicanas, entre ellos el intérprete indígena que había preparado uno de los índices del “Museo histórico indiano”, don Patrio Antonio López.<sup>40</sup>

En respuesta a la proposición formulada por los consejeros de Indias acordó el monarca aprobar los dos primeros puntos, o sea el de nombrar a Boturini “Cronista en las Indias” con el sueldo dicho, y el de permitir su regreso a la Nueva España para que allí pudiera consultar los documentos que había reunido. Tuvo el rey, en cambio, “por cosa irregular” lo de crear una Academia de Historia en México.<sup>41</sup> Sancio-

<sup>39</sup> Antonio Mestre, *op. cit.*, p. 322.

<sup>40</sup> El intérprete don Patricio Antonio López había practicado un nuevo inventario del archivo de Boturini por encargo del virrey de Fuenclara... Dicho inventario, hecho el 15 de julio de 1745, había sido enviado por el virrey al Consejo de Indias en Madrid.

<sup>41</sup> Como se sabe, Felipe V había creado en 1737 la Real Academia de la Historia en Madrid. Interesante resulta ver que, precisamente en relación con el caso de Boturini, se hubiera pensado en la organización de otra corporación parecida en la ciudad de México. La real negativa que impidió de hecho su constitución pudo deberse a los peligros que tal vez se entrevieron en propiciar así la existencia de un foco de investigaciones de tono nacionalista en



nado así lo anterior el 19 de diciembre de 1746, casi medio año más tarde, el 10 de julio de 1747, don Lorenzo podía ufanarse de éste que sería realmente su único triunfo. En esa fecha, absuelto de los cargos que se le habían formulado, se le expidió el nuevo título de “Cronista en las Indias”

A pesar de tan buenos augurios, Boturini nunca llegó a ejercer realmente su oficio en las Indias. Como lo reitera en la correspondencia que de él se conserva, lo exiguo del sueldo no le permitía sufragar los gastos del viaje a Nueva España y menos aún disponer allí de los recursos indispensables para sus trabajos de cronista. Y hemos de añadir que, si el sueldo era exiguo, de hecho jamás llegó a percibirlo en los años que le quedaron de vida. Tan sólo sus herederos, o sea los descendientes de la familia madrileña de doña Rosa de la Parra, que por simpatía y caridad le había dado hospedaje cuando Veytia se marchó de España, pudieron cobrar el dicho sueldo sesenta años más tarde.

El entusiasmo de Boturini no desmayó ante los problemas que, al recibir el nombramiento de “Cronista en las Indias”, pudo tener por desvanecidos, pero que de hecho subsistieron. A mediados de 1748 dirigió así al rey, que era ya Fernando VI, un nuevo memorial junto con el índice de las materias de que pensaba tratar en la *Historia general* que, como cronista, tenía encomendada. El marqués de la Ensenada intervino en este asunto y, por orden del rey, pidió al célebre naturalista y explorador Jorge Juan y Santacilia que rindiera un dictamen acerca del dicho índice. Jorge Juan, que tenía conocimientos acerca de la flora, la fauna y los recursos de la zona del Pacífico de la América del Sur, desconocía por completo el tema de las antigüedades mexicanas y, para salir del apuro, acudió entonces a un amigo suyo, Andrés Marcos Burriel, el jesuita al que ya nos hemos referido.

Burriel, en las cartas a Jorge Juan que de él se conservan, se muestra persona prudente que, si tampoco se atreve a juzgar a fondo sobre la materia, al menos da consejos que merecen el calificativo de atinados. Entre otras cosas dice que ha tratado personalmente a Boturini, gracias a la presentación que de éste le había hecho don José Borrull. Añade que incluso ha discutido con el caballero milanés la acusación de que muchas de sus explicaciones son idénticas a las que Vico dio de las fábulas e historias de los griegos. Manifiesta también que el mismo

un reino de ultramar. Más de siglo y medio había de transcurrir, desde la expresión de la propuesta y de la consiguiente negativa, hasta la organización, en 1919, de la “Correspondiente” mexicana de la Real Academia de la Historia.



don Lorenzo, en respuesta, le ha prestado los dos tomos de la *Scienza Nuova* y así ha podido certificarse de que éste se ha valido únicamente del método y la filosofía del autor napolitano para enmarcar con un nuevo criterio el mundo de las antigüedades indianas. Insiste también el jesuita Burriel en que conviene aguardar, antes de dar cualquier dictamen, a que Boturini presente su historia completa. En el ínterin aconseja se le cubran sus sueldos y llega a preguntarse que, de no obrar así, “¿no será barbaridad dejar perder esta ocasión de saber y conservar las antigüedades de la América, después de haber dejado pasar dos siglos y medio sin buscarlas, ni conocerlas, ni publicarlas?”<sup>42</sup> Y es aquí precisamente cuando añade las palabras que describen la impresión que le ha causado Boturini y que hemos aducido ya al principio. A su juicio era

[...] hombre sumamente capaz y no menos instruido, de suavísimas costumbres, modestia y humildad, de extraordinario pecho y corazón y en fin muy propio para emprender y efectuar bien la arduísima empresa que ha tomado. Por caballero, por sabio, por extranjero y por perseguido, merece que Vuestra Merced le proteja en cuanto pueda.<sup>43</sup>

Al recibir Jorge Juan el dictamen de Burriel, aunque mantuvo algunas reservas, en lo general lo hizo suyo al rendir su propio informe al marqués de la Ensenada. El parecer de Jorge Juan fue que, en tanto terminara su obra Boturini, convenía se hiciera efectiva la ayuda que, en forma de sueldo, se le había ofrecido como “Cronista en las Indias”. Éste, por su parte, acababa de elevar otro memorial a Fernando VI en el que también insistía en lo del sueldo: hacía ya más de un año que había recibido el título de cronista y hasta la fecha no había percibido un céntimo.

Las nuevas gestiones, realizadas por cierto con el apoyo de don Gregorio Mayáns, quedaron una vez más sin respuesta. Don Lorenzo seguía viviendo de la caridad de doña Rosa de la Parra que continuaba ofreciéndole hospedaje y manutención gratuitas. Con tenacidad realmente admirable trabajaba en la redacción de la primera parte de su *Historia* sobre la base del índice sometido a la aprobación del Consejo de Indias. Incluyó en dicha primera parte un pormenorizado estudio de la cronología de las antiguas naciones de la región central de México. En el prólogo a tal obra manifestó que

<sup>42</sup> Carta de Andrés Marcos Burriel a Jorge Juan, de 26 de septiembre de 1748, citada por Torre Revello en *op. cit.*, p. 24.

<sup>43</sup> *Loc. cit.*

[...] aunque no pocas veces estuve suspenso para tomar la pluma y me persuadiese el deseo del mayor acierto (de) diferir mis tareas hasta resituirme a la capital de la Nueva España, donde, pasada la revista de mi copioso archivo, podían sus fértiles materiales suministrarme abundantes especies para enriquecer los asuntos de la Historia General [...]. No obstante, el estrecho motivo de cumplir con mi obligación, me hizo poner mano a la obra [...].<sup>44</sup>

Con estas palabras, que son al mismo tiempo velada queja e inevitable confesión, dio a entender que, al escribir, no había podido servirse de las que tenía por fuentes en verdad imprescindibles. Tendrá pues que fiarse de lo que acerca de ellas recuerda y habrá igualmente de acudir a la consulta de obras publicadas y a su alcance sobre estas materias. La lectura de esta primera parte de su *Historia*, la única que escribió, deja ver la multitud de veces que aduce el testimonio de autores como Herrera, Torquemada, Gómara, Jacinto de la Serna, Martín de León, José de Acosta, Solís, Sigüenza y otros más. Y aunque muchas veces hace crítica de lo que ellos exponen y tacha de mal informados a escritores como su compatriota Gemelli Careri, por necesidad recurre a la información transmitida por los mismos.

Digno de notarse resulta que es allí donde más abiertamente declara que ha concebido su obra a la luz de las ideas de Giambattista Vico. De éste afirma que “es el único que abre camino para penetrar el espeso bosque de la gentilidad, enseñando cómo el orden de las ideas de los hombres fue correspondiente al que tenían las cosas humanas [...]. Estos generales presupuestos, que se observan en todos los tiempos y se extienden sin distinción alguna a todas las naciones, por cuanto los gradúa la misma naturaleza, no sólo dan a conocer las costumbres que tuvieron nuestros indios, sino que también manifiestan los principios y perfecciones de sus ciencias [..]”<sup>45</sup>

Así, valiéndose del sistema de interpretación hondamente filosófica de Vico, y a pesar de las limitaciones que le imponía estar alejado de su archivo, don Lorenzo continuó afanándose por dar cima al volumen primero de su obra. No es éste el momento de hacer una valoración crítica de ella ni de analizar sus posibles aportaciones acerca de la cronología de los antiguos mexicanos. Tan sólo diremos que supe-

<sup>44</sup> “Prólogo al lector” en la *Historia general de la América Septentrional*, t. I, publicado por vez primera por Manuel Ballesteros Gaibrois, *Documentos inéditos para la historia de España*, v. VI, Madrid, 1949, p. 15.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 26-27



rando dificultades, sin excluir las que provenían de la indiferencia de quienes lo habían nombrado “Cronista en las Indias”, Boturini logró al menos exponer con acopio de ilustraciones, ruedas calendáricas y tablas cronológicas, lo concerniente al año solar, a la cuenta astrológica de 260 días, a las deidades protectoras del día y de la noche, a los glifos y conceptos de los días, los meses, los años, los ciclos y edades, posesión intelectual de estas culturas. Y quizás con la esperanza de volver a Nueva España, en donde podría aprovechar sus documentos, manifestó también que en la segunda parte quería tratar de la mitología indiana y elaborar un vocabulario de los antiguos dioses, analizando las raíces de la lengua náhuatl, deteniéndose en el examen de las “exquisitas poesías” de los indios, hasta recoger en fin todo lo que hallare perteneciente a la geografía y astronomía, con intención de “corregirme en lo que hubiese errado”

Concluido en menos de dos años el primer tomo de su *Historia*, hizo dedicatoria de él “al Católico y Poderosísimo Monarca Don Fernando VI, Rey de las Españas y Emperador de las Indias” Mediando ya el año de 1749, dirigió nuevo memorial al rey para presentarle su trabajo, el cual, dice, ha escrito para cumplir con el cargo recibido. Humildemente pide, además, se le conceda la licencia y los recursos que hagan posible su impresión.

Largo sería entrar en pormenores acerca del proceso, y más justo sería decir el calvario, que volvió a iniciarse con la serie de consultas, dictámenes, pareceres y opiniones que, a solicitud del fiscal del Consejo de Indias, se emitieron en relación con esta parte de la *Historia general*. Paradójicamente la obra fue aprobada algunos meses después, con base en un informe favorable de un censor distinto, el padre Pedro Fresno que a la postre se hizo cargo del asunto. Boturini, conociendo dicho informe, reiteró su deseo de ver impreso su trabajo. Pero como si un sino adverso pesara sobre él, las dificultades volvieron a acrecentarse y se tornaron invencibles. Don Lorenzo se encontraba en la miseria. Gracias al marqués de la Ensenada estuvo a punto de obtener la cantidad necesaria de papel para la impresión de su libro. Pero ésta y todas sus gestiones subsiguientes fracasaron una tras otra.

#### *Últimos años de la vida de Boturini (1750-1755)*

Grata experiencia, en medio de tantas dificultades, debió ser para él la invitación que recibió por ese tiempo de la Academia Valenciana de Bellas Artes que, a propuesta de don Gregorio Mayáns, lo incluyó en-

tre sus miembros. Boturini aceptó el honor y precisamente el 2 de enero de 1750 pronunció su discurso de recepción, escogiendo como tema el referente al “Derecho natural de las gentes de la América Septentrional” En esta alocución suya, que se conserva y ha sido publicada, su propósito fue mostrar las razones que lo movieron a adoptar las ideas de Giambattista Vico y su “nobilísimo sistema del derecho natural de las gentes” para acercarse a la comprensión de las instituciones de los pueblos indígenas americanos.<sup>46</sup> Aunado al honor del título que se le había concedido de “Cronista en las Indias”, este ingreso suyo a la Academia Valenciana contó entre los pocos momentos verdaderamente gratos de que pudo disfrutar don Lorenzo en los últimos años que le quedaban de vida.

Con base en el estudio que de los borradores de Boturini ha publicado Manuel Ballesteros Gaibrois, parece posible afirmar que nuestro autor continuó trabajando, hasta poco antes de su muerte, en torno a su *Historia general de la América Septentrional*.<sup>47</sup> Y además, a pesar de verse reducido a extrema penuria y no obstante que se le habían cerrado todas las puertas, siguió haciendo lo imposible por ver realizada la misión que tenía por suya. Insistió en volver a las Indias pues le preocupaba hondamente la suerte de su archivo. Era consciente de que poco lograría desprovisto de sus códices y papeles y, contra toda esperanza, luchó por ver publicada su obra y por cobrar el reducido sueldo que tenía signado como “Cronista en las Indias”

La documentación que acerca de él se conserva nos ofrece tan sólo unos cuantos datos más. Sabemos que en 1754 elevó al rey un postrer memorial insistiendo en sus demandas “para que pueda satisfacer los empeños que ha contraído en nueve años de morada que hizo en esta clementísima corte y disponer su viaje a las Indias”<sup>48</sup>

Este memorial, junto con la comunicación que en parecidos términos dirigió el 6 de marzo de 1755 a fray Julián de Arriaga para alcanzar su favorable intervención, son las últimas palabras, por cierto sin respuesta, que se conservan de la tenaz lucha que fue la vida de nuestro caballero “de suaves costumbres, modestia y humildad” Se desconoce

<sup>46</sup> El texto de este discurso, que en la presente obra incluimos como apéndice, se halla también publicado: “Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2a. época, t. IV, México, 1872, p. 108-114.

<sup>47</sup> Manuel Ballesteros Gaibrois, “Edición, prólogo y notas” a *Historia general de la América Septentrional*, “Papeles de Indias”, *Documentos inéditos para la historia de España*, t. VI, p. XVI-XLIII.

<sup>48</sup> *Apud* Torre Revello, *op. cit.*, p. 31.



a punto fijo la fecha en que Boturini, afligido y enfermo, murió en ese mismo año, a lo que parece en la casa de su protectora, doña Rosa de la Parra, en Madrid. A ella y a sus descendientes legó el monto de los sueldos que se le adeudaban, en caso de que algún día pudieran cobrarse.

Pero si la vida de nuestro andariego y porfiado personaje concluye así en medio de dificultades y fracasos, sabemos ahora que su herencia vino a ser mucho más rica que el tan diferido cobro de sus exiguos sueldos. Y contra lo que Boturini mismo pudo haber pensado, más todavía que las obras que escribió, la *Idea*, la primera parte de la *Historia general* y otros ensayos menores, su principal aportación está en haber planeado y puesto en práctica un método de investigación en verdad ejemplar. El seguidor del pensamiento de Vico sabía que, para conocer la historia y las instituciones de una cultura, había que buscar los testimonios de más antiguo origen, para luego hacer de ellos análisis e interpretación. Ambos pasos, reunir fuentes y ensayar su comprensión con hondura filosófica, integran de hecho la tarea que Boturini se echó a costas.

Fruto de casi siete años de correrías y búsquedas en Nueva España fue su rico archivo o *Museo histórico indiano*. Tanto por el catálogo que de él formó, como por los otros inventarios que después se hicieron, podemos afirmar que, desde los tiempos de la Conquista, nunca se había logrado tan considerable acopio de manuscritos en lenguas indígenas, códices, crónicas e historias relativas al pasado prehispánico. Y aunque el archivo de Boturini habría de dispersarse y en parte perderse, lo que de él queda en repositorios como la Biblioteca Nacional de París, el Museo Nacional de Antropología de México y en otros lugares más, muestra cuál debió ser la tenaz labor de quien, superando adversidades, realizó el portento de juntar tantos y tan buenos documentos.

Este solo aspecto de su empresa justificaría ya nuestro reconocimiento. Pero si a sus afanes de coleccionista aunamos su preocupación, no ya sólo de describir sino sobre todo de comprender, veremos que es él quizás el primero en valerse expresamente de un sistema de filosofía de la historia para realizar lo que pretende. En su tiempo se le reprochó haber acudido a la obra de Vico. Ahora, opinando mejor sobre su acierto, vemos en ello un rasgo del sentido universalista de Boturini. Al adoptar éste el esquema de la *Scienza Nuova*, subrayó el valor de experiencia humana que tienen las culturas indígenas, tan dignas de investigación como las de la antigüedad clásica. Y aun cuando Boturini no llegó a estudiar desde el punto de vista de esta filosofía de la historia sus testimonios que quedaron secuestrados en Nueva Espa-



ña, el hecho es que el solo intento marca un paso decisivo en la secuencia de las investigaciones sobre estas culturas.

Llena de anécdotas, de aventuras y adversidades pero también de propósitos que al menos en parte fructificaron, la vida de Boturini y lo que nos queda de su obra bien pueden tenerse por objeto de provechoso estudio. Entre las tareas pendientes está precisar, hasta donde se pueda, el paradero de los documentos de su archivo, hacer catálogo de aquellos que han sido estudiados o publicados, hurgar igualmente en los orígenes de esos materiales, sin perder de vista su significación dentro de la historiografía de primerísima mano sobre el pasado indígena. Hace falta también analizar con mayor detenimiento la estructura y el contenido tanto de la *Idea* como de la parte que escribió de la *Historia general*. Sólo así podrá juzgarse si, fiado como hubo de estar Boturini de su sola memoria, llegó a aportar realmente algo hasta entonces no alcanzado en el conocimiento de estas antigüedades.

Con base en los materiales que tenemos reunidos para un más amplio estudio sobre la obra completa de Boturini, ofreceremos al menos algunos elementos hasta ahora menos conocidos y que son antecedente para formular una respuesta a las varias cuestiones que nos hemos planteado. Nuestro propósito es hacer con ello más fácil el acercamiento al presente libro, la célebre *Idea*, trabajo digno de aprecio y único que vio impreso durante su vida el infatigable autor



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS